

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS  
INSTITUTO DE LITERATURA ARGENTINA  
COLECCION DE FOLKLORE

---

CAPITAL FEDERAL

---

18

---

Maestro ANGELA MAZZEI

Escuela N° 5 -C.E. 13

Fojas 2

---

OBSERVACIONES

---

---

---

---

---

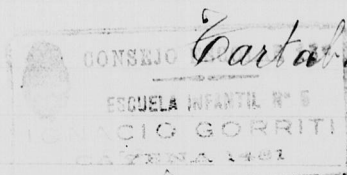
---

---

---

---

---



Cartabull Sandelario y C<sup>o</sup>  
por Fre Wexel

Transcripción hecha por la S<sup>ta</sup> Angela Maggi maestra de  
5º Grado

Cartabull y Sandelario fueron dos payadores echados a perder por el ambiente metropolitano contagiados por la fiebre especuladora del 89, que no dirigian sus canciones a la china, al rancho ni al ombú. Sus canciones no eran amorosas, ni patrióticas, ni heroicas. Se dedicaban a verificar las reclames de su época, a poetizar los pechazos y a rimar la política del barrio.

Erán payadores adulterados, poetas industriales, incapaces de distinguir lo bello, no conociendo de los clásicos más que la "auris sacra lane". De imaginación leno-mentalmente desarrollada, sin embargo mezclaban en las más delicadas figuras retóricas con las excelencias de los garbanzos x, o de las alparagatas z, haciéndose un galimatías que formaba la principal diversion de los oyentes.

Horri aislados, actuando cada uno de ellos separadamente, eran inofensivos, inoentos y a ratos bastante aburridos, ya que la verificación de un asunto tan árido como la reclame no tenía muchas variantes, pero lo curioso, lo colosal era cuando Cartabull y Sandelario se encontraban frente a frente, en una esquina, en un almacén, a la puerta de una casa de comercio, donde fuera, en fin. El encuentro tomaba las proporciones de un acontecimiento de orden trascendental. El cesero tráfico de entonces se interrumpía por completo en la calle en que el accidente tenía lugar. Los transeúntes se detenían ansiosos de presenciar la sensacional entrevista, abandonaban los vigilantes sus habituales paradas, los negociantes sus boliches, y un numeroso círculo de curiosos se formaba alrededor de los formidables conticantes.

Inmediatamente, y no se sabe aun gracias a que mági-  
cas artes, salian a relucir un par de guitarras,  
llegaban a mano de los payadores y el auditorio  
en medio de un silencio polar, presenciaban  
respetuosos las importantes operaciones de temple y  
hastes de los instrumentos.

Del cabo de pocos minutos, y previo el rasgueo  
de ordenanza en casos tales, comenzaba uno de  
los contrapuntistas con la sacramental cuarteta:

"... atención pido, señores ..."

a la que seguian otras fases de no menor corteza  
para la concurrencia, con lo que el improvisador  
se daba tiempo sobado para entrar en materia.

Y la materia era terrible, ya que la payada  
no tenia más objeto que insultarse los dos canto-  
res reciprocamente, prodigiándose los epitetos menos  
delicados con gran regocijo del auditorio;  
avido de enriquecer su particular vocabulario  
de frases mal sonantes.

Y lo bueno del caso es que la payada terminaba  
como habia comenzado, con palabras corteses  
para los oyentes, cuando no con un pechazo  
liso y llano, tras lo cual bandelario abandonaba  
la guitarra, dábale un toquecito a su derrotada  
galera de Selpa e íbase por donde habia venido,  
haciendo lo propio Cartabull para no desmerecer  
en el concepto de su eterno rival.

Como se ve estas entrevistas no ofrecian al públi-  
co nada sensacional, pero tenían la virtud de  
dar tema a un barrio por toda una semana,  
y no era esto poco en tiempos como aquellos,  
de plácidas costumbres y escasas noticias.

Después del 90 cuando se comenzó a trabajar  
de firme y tomamos la vida algo más en serio,  
Cartabull y bandelario empezaron a esterbarnos

Los payadores comenzaron a autojornarse parásitos, y comprendiéndole así ellos, mandaron al diablo el estro y se cobraron en la vida activa como mejor pudieron.

Cartabull, comprendiendo que su porvenir estaba en la reclame, se lanzó a pronunciar públicamente discursos, ya sin guitarra, elogiando las cualidades de tal marca de cigarrillos o las maravillas del sastre Tubáñez, repartió prospectos, actuó de hombre sandwich, se vistió de mamaracho para la propaganda de no recordamos qué artículo, y terminó por volverse cordero, cosa que hubiera deseado más de una vez, en tiempos de bandelario.

Este no supo adaptarse como su antiguo centricante al medio ambiente. Cuando se dió clara cuenta de que la payada había dejado de ser un decoroso "modus vivendi" acostóse un buen día, legó su guitarra y su levita a la posteridad y se murió de fastidio.

Gabino Breza y los demás payadores de buena ley, los que no transigian con los de la reclame vermiculada, abandonaron para siempre la lira o la guitarra, y sabe Dios lo que ha sido de ellos.

Ahí, quizás sabieron ellos ganando... y la poesía también.

Sin ahovernos a decir como los perimistas que la poesía, en general, tiende a desaparecer, afirmamos en cambio sin temor alguno que la poesía popular en particular, al menos en lo que respecta a Buenos Aires, hace ya tiempo que pasó a mejor vida. No tanto, sin embargo para no recordarla los pocos estantiguos que aun felicitamos por la metrópoli.

En efecto, más fácil sería encontrar en el subuelo de la ciudad restos del mastodonte que un payador en los despachos de bebidas de los almacenes.